

Sinergias de posguerra: estudiantes y trabajadores en Santiago de Chile (1918-1921)

Postwar synergies: students and workers in Santiago de Chile (1918-1921)

Camilo Andrés Domínguez Escobar¹

Recibido: 13 de abril de 2023. Aceptado: 13 de julio de 2023.
Received: April 13, 2023. Approved: July 13, 2023.

RESUMEN

Durante la crisis de la primera posguerra, los universitarios de la Federación de Estudiantes de Chile (FECh) establecieron una estrecha colaboración con la clase obrera organizada, que se manifestó a través de comités sociales, iniciativas educativas y alianzas editoriales. En este artículo, se analiza la evolución de estas “sinergias políticas” durante un periodo tumultuoso en la historia de Chile.

Palabras clave: Crisis de Posguerra, Federación de Estudiantes de Chile (FECh), Asamblea Obrera de Alimentación Nacional, Revista Numen, Federación Obrera de Chile (FOCh), Industrial Workers of the World (IWW).

ABSTRACT

During the postwar crisis, university students of the Federación de Estudiantes de Chile (FECh) joined forces with the organized working class, which was expressed in social committees, educational initiatives, and editorial alliances. This article examines the evolution of these “political synergies” in a turbulent period in Chile’s history.

Keywords: Postwar Crisis, Federación de Estudiantes de Chile (FECh), Asamblea Obrera de Alimentación Nacional, Numen Magazine, Federación Obrera de Chile (FOCh), Industrial Workers of the World (IWW).

¹ Chileno, Licenciado en Historia, Facultad de Ciencias Sociales e Historia, Universidad Diego Portales, Santiago de Chile.
Contacto: camilo.dominguez@mail.udp.cl

Introducción

La Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa fueron cataclismos globales, que dejaron impactos sociales y culturales profundos, y Chile no escapó a sus consecuencias. Entre 1918 y 1919, masivas “marchas del hambre” llevaron a decenas de miles de personas a las calles de las principales ciudades del país. Estas protestas, causadas por la carestía de los alimentos, marcaron el inicio de la crisis final de lo que la historiografía chilena denomina el Período Parlamentario (1891-1925). En consecuencia, se generó una marcada polarización social que el sistema institucional tardó largos años en domeñar (Valdivia, 2017). En medio de este clima de incertidumbre se ampliaron los bordes de lo imaginable, y diversas voces se enfrascaron en pugnas por establecer un nuevo sentido común. Una crisis de hegemonía se desató y el tiempo, en la percepción de los contemporáneos, pareció acelerarse. Todo esto propició cambios drásticos en el comportamiento de algunos actores sociales, así como el surgimiento de alianzas hasta entonces inéditas.

Este artículo examina las relaciones entre los universitarios de la Federación de Estudiantes de Chile (FECh) y la clase obrera organizada. El objetivo central es comprender cómo, en un contexto de altísima temperatura política, los estudiantes se convirtieron en aliados de los trabajadores, rompiendo con el tutelaje oligárquico que pesaba sobre las instituciones universitarias. Prestamos atención a los mecanismos prácticos y simbólicos que facilitaron dicha articulación, reconociendo la existencia de una tensión constante entre dinámicas de cohesión y exclusión. Los activistas de la FECh, como veremos, se involucraron con organizaciones obreras en comités conjuntos, iniciativas educativas y proyectos editoriales. Sostenemos que la fortaleza del movimiento popular de posguerra se debe, en gran medida, al ensamblaje entre actores sociales de distinta extracción de clase. Fue esta apertura de bordes lo que contribuyó decisivamente a sus altos niveles de adhesión y legitimidad en el ámbito público.

Este trabajo se enmarca en un diálogo con la producción académica sobre los activismos universitarios y los movimientos obreros. En las investigaciones dedicadas a la FECh se da por sentado que el movimiento estudiantil es una expresión de una base social conformada por el estudiantado (Góngora, 1981, pp. 46-55; Castillo, Tironi y Moraga, 1982; Valenzuela y Weinstein, 1982; Auth et. al, 1985; Bocaz, 1990, Moraga, 2000; 2007; Giner Mellado, 2005; Craib, 2017). Sin embargo, es necesario cuestionar el empaste entre ambas dimensiones, junto con declarar la independencia del movimiento estudiantil con respecto al basamento de la universidad. Existe una diferencia significativa entre el alumnado universitario en su sentido ocupacional (aquellos que asisten a clases, toman asignaturas y rinden exámenes) y los estudiantes como agentes políticos. De hecho, la paradoja radica en que las protestas estudiantiles surgen precisamente cuando los estudiantes dejan de comportarse como estudiantes. Cuando, por decirlo de alguna manera, la categoría del universitario se desdobra de su función habitual. En los años de posguerra, los combativos jóvenes de la FECh no se limitaron a los confines académicos, sino que incidieron públicamente al trascender su propia condición e irrigar con sus ideas a las calles. Es este comportamiento hacia fuera o “político” (y no gremial, “social” o intramuros) el que nos interesa explorar.

Por su parte, la historiografía sobre los movimientos obreros y sindicales suele presentar una perspectiva estática en relación con sus sujetos de estudio. Los historiadores marxistas fueron pioneros al trazar la genealogía del proletariado, un sujeto que acumulaba “conciencia de clase” de manera rectilínea en el tiempo, a través de sus luchas sucesivas (Jobet, 1951; Ramírez Necochea, 1958; Barría Serón, 1971; Ortiz Letelier, 1985; Vitale, 2011). Si bien las nuevas corrientes historiográficas depuraron este esquema de análisis, aún prevalecen las premisas del enfoque clásico en el período que abarca este artículo: el ascenso de los proletarios, con sus partidos y sindicatos (Pinto, 1998; Pinto y Valdivia; 2001; Grez, 2001; 2002). Esto se convierte en un problema cuando se excluye o relega a un plano anecdótico a actores relevantes de la época, como estudiantes universitarios, profesores normalistas o empleados públicos. Se tiende a estudiar a la clase obrera y sus organizaciones laborales o políticas de forma aislada, como si pudiésemos recortar pulcramente las categorías socioeconómicas en la vida pública, especialmente durante períodos de efervescencia. Así, se omiten las conexiones sin las cuales es difícil comprender el ímpetu de las protestas de posguerra.

Proponemos el concepto de “sinergias políticas” para captar las dinámicas de ensamblaje que se desarrollan en movimientos sociales amplios. Por sinergias políticas entendemos relaciones y diálogos cuyos efectos van más allá de la mera suma o agregación de sujetos. En estos procesos de articulación los actores reconfiguran sus identidades y generan nuevos discursos y prácticas. Las sinergias políticas son por naturaleza contingentes e inestables, sin garantía de perdurar en el tiempo. Esto se debe a la constante fricción entre lógica de equivalencia y diferencia entre los sujetos involucrados (Laclau y Mouffe, 1987, p. 119; Hall, 2010, p. 85). El objetivo de utilizar este concepto es subsanar la falta de métodos para analizar las relaciones intersubjetivas pues, con frecuencia, consideramos las nociones de sujeto (“proletariado” y “estudiantes”, “clase obrera” y “clase media”, y así) como unidades cerradas y unívocas que se despliegan en el tiempo. Rara vez se consideran las porosidades o vínculos fronterizos entre los agentes, y cuando se abordan, se hace desde concepciones más o menos limitadas. Prevalecen términos como “alianzas” o “pactos” (más adecuados para la historia de los partidos que de los movimientos), que implican enlaces instrumentales y en los que, durante las interacciones, las identidades específicas de cada actor permanecen inalteradas. En general, depositamos demasiada confianza en la coherencia sociológica de los agentes y esto, en nuestra opinión, impide avanzar en la comprensión de las sinergias políticas, que son clave para ponderar los balances de fuerzas en cada época y lugar.

Una aclaración final acerca de la noción de “lo político” incluida en la idea de sinergias políticas. En este enfoque, el concepto de lo político no se identifica con el ámbito del gobierno, las instituciones o los partidos, sino más bien con el campo de la contienda por la hegemonía. Identificamos lo político con las dinámicas de articulación entre sujetos diversos y la creación de mediaciones prácticas y discursivas que los unen en oposición a un estado de cosas o élite en el poder. Esto implica reconocer en la política no una cualidad, sino una forma de relación, que se asocia a las nociones de equivalencia y antagonismo (Laclau, 2005). Diferenciamos este enfoque del que denominamos, solo con fines analíticos, como “social” —o gremial—, que se centra en la trayectoria de conglomerados sociales específicos. Por último, al centrarnos en interacciones, adoptamos una lectura de las fuentes textuales atenta a las mixturas antes que a establecer deslindes según categorías doctrinarias o socioeconómicas.

El artículo presenta una estructura ordenada cronológicamente, y se divide en tres secciones. Tratándose de una coyuntura de crisis, presentamos una narración anclada al ritmo de la contingencia, a fin de captar la química de los acontecimientos que rige las sinergias políticas. En primer lugar, se documenta la participación de los dirigentes de la FECh en el contexto de las “marchas del hambre” organizadas por la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional (AOAN). Luego, se analizan los casos de la Universidad Popular Lastarria (UPL), una escuela para adultos gestionada por la FECh, y de la revista *Numen*, un semanario impreso en el que colaboraron intelectuales populares y estudiantiles. En la última parte, se exploran las conexiones entre los universitarios, la Federación Obrera de Chile (FOCh) y la filial chilena de la Industrial Workers of the World (IWW).

Los estudiantes, la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional y las "Marchas del Hambre"

Hasta antes de la Primera Guerra Mundial, la FECh fue un espacio de crítica social y cultural, aunque enmarcado dentro de los bordes del liberalismo. Desde su fundación en 1906, las corrientes de redención social, como el socialismo y el anarquismo, si bien presentes, ocupaban un lugar marginal. Prevalcían en cambio las mentalidades arraigadas en la política del siglo XIX, que oponía a liberales y a conservadores. Según Daniel de la Vega, quien dejó constancia en sus memorias, todavía “no se habían desbordado las pasiones políticas” y “la izquierda y la derecha aún no habían dividido el mundo en dos fuerzas irreconciliables” (1962, p. 83). Eduardo Moore Montero, quien llegó a ser presidente de la FECh, afirmó que “las luchas obreras las veíamos y apoyábamos”, sin embargo, “no las sentíamos como expresiones ideológicas”. Además, añadía: “era como si presintiéramos las reformas y los cambios que se necesitaban, pero no sabíamos expresarlos en formas concretas” (Sagredo, 1998, p. 84).

La Primera Guerra Mundial sacudió con violencia los imaginarios sociales. Los países centrales de Europa, considerados vanguardias del progreso, se enfrentaron en una sangrienta conflagración que reveló el lado más oscuro de la civilización. Creencias arraigadas por largo tiempo, como la fe en la evolución material y moral de occidente, quedaron virtualmente desacreditadas. En este contexto, los universitarios de la FECh, al igual que muchos otros, comprendieron que en las trincheras no solo habían muerto personas, sino que una época. En este sentido, la Revolución Rusa de 1917 no hizo más que acelerar este proceso de descomposición, que afectó a las instituciones liberales, a sus bases económicas y culturales. La gesta de los bolcheviques introdujo la palabra “revolución” en el vocabulario de los jóvenes, y los nombres de Lenin y Trotsky se convirtieron en expresiones comunes. No es exagerado decir que, por un momento, parecía que el epicentro de la historia se había desplazado desde occidente hacia el oriente.

Sin embargo, las antiguas creencias no fueron reemplazadas de inmediato por otras; más bien se abrió un paréntesis histórico en el que las nuevas teorías compitieron por la hegemonía. Por esta razón, los escritos autobiográficos sobre la época reflejan una sensación de vértigo frente a una vorágine de utopías sociales. Eugenio González Rojas relató la vida de un joven que buscaba “aclarar el caos espiritual” en el que se encontraba: “socialistas, anarquistas, positivistas, sindicalistas, demócratas cristianos, todos hacían brillar sus contradictorios siste-

mas, con vehemencia impresionante” (González, 1945, p. 14). Por su parte, Luis Enrique Délano narró en primera persona su amistad con un poeta que lo introdujo en el mundo de la poesía y la revolución. “Pero ¿qué revolución y qué poesía?”, se preguntaba angustiado, pues lo que su amigo le transmitía a diario era como “una corriente caudalosa pero confusa e incompleta” (Delano, 1995, p. 20). Es en este clima de vaciamiento hegemónico que debemos enmarcar la sorpresiva radicalización política de los estudiantes de la Universidad de Chile.

La crisis del mundo occidental impuso un ambiente propicio, pero fue un fenómeno local el que canalizó la energía estudiantil hacia una dirección política determinada: la formación de la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional y sus masivas “marchas del hambre” (Salazar, 2009; de Diego Maestri, Peña y Peralta, 2002; Rodríguez, 2001). La AOAN, que operó desde mediados de 1918 y comienzos de 1920, se organizó en protesta contra el alto costo de vida. Se destacó por su amplitud, ya que agrupó a organizaciones de obreros, empleados y profesionales, de tendencias mutualistas, socialistas y aun conservadoras (Domínguez, 2021). La FECh, presidida por el ingeniero Santiago Labarca, se adhirió tempranamente al movimiento. En respuesta a una invitación abierta de la AOAN a las organizaciones civiles de Santiago, los estudiantes designaron delegados para participar en las asambleas regulares.

El primer gesto de solidaridad por parte de los estudiantes ocurrió cuando Santiago Labarca ofreció a la AOAN el uso de las dependencias del Club de Estudiantes para celebrar allí las sesiones regulares (Sagredo, 1998). Los dirigentes obreros aceptaron gustosos la propuesta. Por un lado, se trataba de un asunto práctico, ya que la casa colonial de la calle Bascuñán Guerrero (que era propiedad de la Federación Obrera de Chile), donde se llevaban a cabo las reuniones, resultaba demasiado pequeña para albergar a todos los delegados. Sin embargo, también existían razones estratégicas y simbólicas detrás de esta decisión: incluir a la juventud universitaria como anfitriona del movimiento podría conferirle a la AOAN una parte del aura de sacralidad que gozaban ante la sociedad.

Santiago Labarca experimentó un ascenso meteórico a la dirección de la AOAN, aunque inicialmente algunos activistas desconfiaron de sus intenciones. El 19 de febrero de 1919, durante una sesión ordinaria de la AOAN, Labarca denunció que los delegados de la Federación de Zapateros habían difundido rumores de que trabajaba de encubierto para el gobierno de Juan Luis Sanfuentes. Solicitó una resolución categórica e inmediata sobre la materia. Después de una acalorada discusión, el asunto se zanjó en su favor: quedó estampado en las actas que “ha llegado la hora de que marchen de acuerdo el brazo y el cerebro, ya que los obreros sin los intelectuales no pueden hacer obra de verdadero provecho”. (Archivo Histórico Nacional, Intendencia de Santiago, volumen 476). Además, se propuso incluir a los universitarios en la mesa directiva. Un mes más tarde, se llevaron a cabo las votaciones y Labarca ganó la vicepresidencia. “El escrutinio se proclamó en medio de aplausos efusivos” y su elección fue por “abrumadora mayoría”, informó el diario popular *La Opinión*. La AOAN dio a conocer la noticia en un comunicado que anunciaba que, “en Chile, estudiantes y trabajadores, fuerzas efectivas en toda democracia, sellan desde hoy un pacto de solidaridad” (*La Opinión*, 5 de marzo de 1919).

La destacada posición recién adquirida por los estudiantes en el movimiento popular se manifestó tanto en las asambleas como en las calles. Durante la conmemoración del 1° de mayo de 1919, los estudiantes se convirtieron, de manera inédita hasta entonces, en protagonistas. Santiago

Labarca, el nuevo vicepresidente de la AOAN, tuvo el honor de pronunciar el discurso de clausura del evento. Desde una tarima en la avenida Alameda de las Delicias, declamó: “el odio es característico de la burguesía. Ella es la que, por odio, ha tenido aherrojado al proletariado desde siglos”. Además, vaticinó el advenimiento de “un mundo nuevo, más fraternal e idealista que el que ha puesto feliz término la gran guerra que ensangrentó la Europa” (*La Opinión*, 4 de mayo de 1919). Los universitarios también destacaron entre los manifestantes. Según una crónica del periódico anarquista Verba Roja, un grupo de jóvenes de la FECh protestó contra la actitud hostil de los carabineros que custodiaban el desfile. Gritaron “¡Abajo las armas!”, y el resto de la multitud coreó sus palabras. “Los estudiantes —celebró el redactor— dieron la talla”. (*Verba Roja*, 15 de mayo de 1919).

Ante estos eventos, la reacción de los sectores conservadores no se hizo esperar. El *Diario Ilustrado* publicó en sus páginas una denuncia que afirmaba que Labarca, durante su alocución, había expresado que “los conceptos de familia, sociedad y patria no eran aceptables hoy en día”. También se alegaba que había citado a Lenin y Trotsky, insultado a los “estudiantes burgueses” y mancillado el “inmaculado nombre del ejército”. El diagnóstico del diario sobre la FECh fue categórico: “con don Santiago Labarca a la cabeza, profesa ideas subversivas, reniega del patriotismo, procura el advenimiento del maximalismo y hace obra de revolución social” (*El Diario Ilustrado*, 6 de mayo de 1919).

Los estudiantes, la Universidad Popular Lastarria y la Revista Numen

Los estudiantes no solo participaron activamente en el movimiento liderado por la AOAN, sino que también profundizaron sus vínculos con el mundo popular en otros espacios y actividades. Un ejemplo de ello fue la Universidad Popular Lastarria (UPL), una escuela vespertina para adultos fundada en 1918 por alumnos de derecho. A diferencia de las iniciativas educativas impulsadas desde el mundo empresarial o católico, de espíritu asistencialista y caritativo, la UPL tenía un enfoque disruptivo. Aunque la mayoría de los alumnos eran trabajadores manuales, las clases no se centraban en enseñar oficios o habilidades prácticas. Por el contrario, orientaban hacia una reflexión humanista y científica. En lugar de mejorar las cualificaciones laborales de los trabajadores, muchos de ellos analfabetos, estas clases interrumpían sus rutinas. Las lecciones proporcionaban una vía de escape y de trascendencia: aquellos que durante el día eran obreros de talleres o fábricas, por las noches se convertían en pensadores nocturnos que discutían sobre las más elevadas teorías científicas. Un breve catálogo de las asignaturas y clases impartidas lo confirma. En filosofía se enseñaban temas como “Naturaleza y formación de las ideas”, “Cómo se forman nuestras creencias”, “El razonamiento considerado desde el punto de vista psicológico”, “Clasificación de las ciencias” e “Introducción al estudio de las condiciones psicológicas de la conciencia”. En biología, se trataban temas como “La reproducción”, “Respiración y crecimiento” y “Anatomía y fisiología del ojo y de la oreja”. En astronomía, temas como “Las principales modificaciones periódicas del cielo”, entre muchos otros (*La Nación*, 17 de junio, 1 de julio, 23 de agosto y 3 de septiembre de 1919).

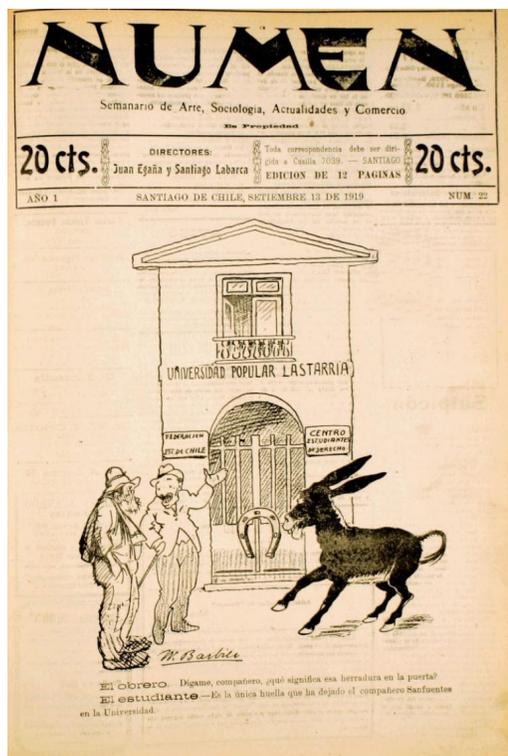
La UPL se convirtió en un símbolo de la cultura de avanzada. Se ubicaba en la calle San Diego, cerca de la intersección con la avenida Matta, en una zona bohemia impregnada de vida militante, bares, cafés, librerías e imprentas (Lagos, 2020). Fue allí donde floreció la labor de la UPL, y por eso no es

extraño que este espacio acogiera a los movimientos sociales. A mediados de junio de 1919, la FECh encabezó protestas a favor de una Ley de Instrucción Primaria Obligatoria que los parlamentarios conservadores se resistían a aprobar. Estas manifestaciones contaron con la participación de organizaciones obreras como la AOAN y la Federación Obrera de Chile, así como de grupos vinculados al Partido Radical y el Partido Obrero Socialista. Para comprender el significado simbólico de la sede de la UPL, es importante destacar que los desfiles comenzaban y terminaban frente a la escuela, donde los oradores pronunciaban discursos. Santiago Labarca y Juan Gandulfo (presidente del Centro de Alumnos de Medicina) en representación de los estudiantes, el zapatero Augusto Pinto por la UPL, y el político Manuel Hidalgo por la AOAN, entre otros (*La Nación*, 28 de junio, 5 y 9 de julio de 1919).

En septiembre de 1919, el presidente de la nación, Juan Luis Sanfuentes, ordenó el cierre de la sede de la UPL. Esto ocurrió después de que la Federación Obrera de Chile convocara a una huelga general en apoyo a los trabajadores cerveceros que se encontraban en conflicto con la Compañía de Cervecerías Unidas. Una vez finalizada la huelga, las autoridades de gobierno investigaron los hechos y descubrieron que días antes del inicio de las paralizaciones, se había llevado a cabo una reunión de altos dirigentes obreros en las instalaciones de la UPL. También se supo que, durante el movimiento, los miembros de la Federación de Obreros de Imprenta se concentraron en la UPL por razones tácticas, ya que desde allí se dirigían a pie hacia los talleres de San Diego, donde se editaban periódicos, animando a los empleados a abandonar sus labores y unirse a la protesta. Con esta información en su poder, el gobierno alegó razones de orden público para justificar la clausura de la UPL, que se había convertido en un foco de activismo social (*La Nación*, 3, 4, 5 y 6 de septiembre de 1919; DeShazo, 2007, pp. 245-248).

El gobierno buscaba enfriar las sinergias entre universitarios y trabajadores, pero el cierre de la UPL provocó un mayor sentido de cohesión. Un ejemplo de ello es la portada que la revista *Numen* dedicó al presidente Sanfuentes. Es una caricatura que muestra la fachada de la sede de la UPL con una herradura que simboliza un candado cerrando la entrada al recinto. En el frontis, un obrero de aspecto desarraigado le pregunta a un estudiante a su lado: “dígame, compañero, ¿qué significa esa herradura en la puerta?”. A lo que el estudiante responde: “es la única huella que ha dejado el compañero Sanfuentes en la universidad”. Mientras, junto a ellos se distingue la silueta de un burro con la lengua afuera y moviendo su cola, en representación burlesca del mandatario de la república.

Numen fue una revista de publicación semanal en la que colaboraron universitarios, dirigentes obreros, artistas y escritores. Fue creada en 1918 en la ciudad de Valparaíso por Alberto Moreno y Juan Egaña, ambos jóvenes poetas respetados en el mundo del subsuelo literario. Egaña descendía de la alta sociedad chilena, lo que le permitió comprar una imprenta con el dinero de una herencia. Sin embargo, luego de publicar solo dos números, Moreno falleció por tuberculosis. A pesar de la desgracia, el proyecto no se abandonó. Egaña decidió trasladar las máquinas a la capital y asociarse con Santiago Labarca, líder de la FECh, y Julio Valiente, un tipógrafo de sensibilidad anarquista y ampliamente conocido en los gremios laborales (Rojas, 1971, capítulo 8). Esta tríada de socios logró establecer una amplia red de lectores, provenientes de los círculos literarios, estudiantiles y sindicales. El taller de *Numen* en Santiago se instaló en plena calle San Diego (donde, como vimos, también se encontraba la UPL) y allí se editó también *Verba Roja*, el periódico anarquista, dirigido por Manuel Antonio Silva y Armando Triviño (Muñoz, 2009).



Fuente: Numen, 13 de septiembre de 1919

La revista *Numen*, de contenido innovador, se convirtió en lectura obligada en los círculos de ideas avanzadas. De hecho, algunas publicaciones sindicales animaban a sus lectores a adquirirla. Tal fue el caso de *La Comuna*, el órgano oficial de la Federación Obrera de Chile en Valparaíso, que insertaba anuncios en sus páginas del siguiente tenor: “Hoy aparecerá en Santiago el interesante semanario dirigido por Santiago Labarca y Juan Egaña. Colaborarán en él las mejores plumas obreras y de nuestra juventud estudiantil” (*La Comuna*, 23 de junio de 1919). Sin embargo, los temas vanguardistas que *Numen* abordaba en sus números también causaron molestias, ya que los militantes obreros pregonaban una moral más o menos estricta. “La gran revista ‘*Numen*’ en sus últimas páginas tiene una mancha”, publicó en otra ocasión *La Comuna*, en respuesta a un artículo que hacía referencia al consumo de alcohol. “Más sobriedad, decimos los que de verdad nos preocupamos por el prestigio de esta revista” (*La Comuna*, 9 de agosto de 1919), comentaron los redactores.

La actividad editorial de *Numen* captó la atención de la policía. Algunos días antes de una manifestación convocada por la AOAN para el 29 de agosto de 1919, *Verba Roja* publicó un artículo titulado “El Soldado”. En él se expresaba: “El soldado es nuestro, nos pertenece. ¿Acaso no es hijo de un explotado, de un paria de la sociedad? (*Verba Roja*, 2ª quincena de agosto de 1919). Dado que coincidía con la víspera de una importante protesta social, las autoridades interpretaron esto como un llamado abierto a la rebelión de las fuerzas armadas. Como resultado, se inició un proceso penal contra los responsables. El director de *Verba Roja*, Manuel Silva, fue rápidamente detenido en su domicilio, mientras que, Armando Triviño, redactor jefe, logró escapar y se refu-

gió en el Club de Estudiantes de la FECh. Era solo cuestión de tiempo antes de que arrestaran a Santiago Labarca y Juan Egaña, responsables legales de la imprenta en donde se editó el artículo.

Desde luego que los días siguientes no fueron pacíficos. En señal de protesta por la persecución de sus colegas, Labarca ordenó la inclusión de “El Soldado” en el próximo número de Numen, que llegó a los quioscos de Santiago durante la mañana del 29 de agosto de 1919, el día de la importante marcha de la AOAN. No todavía conformes, los administradores de Numen imprimieron el texto en páginas sueltas para repartir. Al día siguiente, el diario La Nación denunciaría que “jóvenes de aspecto acomodado y elegante” entregaban a los manifestantes una “hoja impresa con gramatical corrección y perversidad ingeniosa” (La Nación, 30 de agosto de 1919). Hacia el final de la jornada, una multitud se congregó frente al Club de Estudiantes de la FECh en la avenida Ahumada, donde se improvisó una tribuna. El líder anarquista Armando Triviño, estando prófugo, pronunció un enérgico discurso en que afirmó que “entre los estudiantes había encontrado hermanos que lo habían salvado de caer en manos de los esbirros de la justicia (Numen, 3 de enero de 1920). Una semana después de todos estos eventos, se citó a Santiago Labarca y Juan Egaña para comparecer ante el juzgado, y aunque fueron puestos en libertad bajo fianza, el proceso penal continuó en curso.

Ante la persecución de sus directores, el grupo Numen asumió una postura más radical, trascendiendo el ámbito editorial, con el propósito de fortalecer la alianza entre estudiantes y proletarios. En noviembre de 1919, impulsaron una serie de conferencias y representaciones teatrales en el anfiteatro de la Federación de Zapateros, quienes cedieron el espacio para estos fines. Se invitó a los lectores y público en general a asistir a estas veladas y a participar en un foro abierto de discusión ideológica (Numen, 1 de noviembre de 1919). Además, la revista inauguró una sección de la revista titulada “La página obrera”, dedicada a temas de organización laboral, y abierta a la participación de intelectuales y publicistas obreros. El llamado fue claro: “los trabajadores ahora tienen la palabra” (Numen, 18 de octubre de 1919).

Los estudiantes, la Federación Obrera de Chile y la Industrial Workers of the World

A fines de 1919 y principios de 1920, se produjo un cambio en la dirección del movimiento popular, ya que la AOAN, que convocó a las masivas “marchas del hambre”, se disolvió sin lograr sus objetivos. A pesar de contar con un amplio apoyo ciudadano (sus protestas superaron las sesenta mil personas), careció de los medios para obligar a las autoridades para tomar medidas contra la carestía. La derrota de la vía reformista de la AOAN llevó a las organizaciones sindicales más importantes a radicalizarse aún más. Esto se manifestó en dos eventos casi simultáneos que tuvieron lugar durante los últimos días de 1919. Por un lado, la FOCh se refundó en su II Congreso, adoptando el socialismo como ideología y proyecto. Al mismo tiempo, se formó en Chile la Industrial Workers of the World (IWW) una organización anarcosindicalista de origen estadounidense, pero con presencia en los distintos continentes². Los universitarios de la FECh, como veremos, colaboraron estrechamente con ambas federaciones.

² Aunque algunos sectores del anarquismo autónomo, sobre todo desde 1921, criticaron a la IWW por centralista y autoritaria, incluso “marxista”. Sobre este asunto, véase Araya, 2008 y Godoy, 2020.

Algunos de los dirigentes estudiantiles desempeñaron un papel destacado en la fundación de la IWW, y fue Numen, de hecho, la única publicación que informó sobre su convención inaugural, llevada a cabo en Santiago a fines de diciembre de 1919 (Numen, 3 de enero de 1920). En este congreso se eligieron sus directores, entre ellos dos reconocidos estudiantes: Juan Gandulfo Guerra, estudiante de medicina, y José Domingo Gómez Rojas, de derecho y pedagogía. Ambos asumieron la función de “voceros”, en representación de la comuna de Corral y la Ciudad de Valparaíso, respectivamente. La designación de Gómez Rojas en un cargo tan importante disgustó a Juan Onofre Chamorro, conocido agitador de Valparaíso (Lagos, 2018), quien argumentó que él tenía las credenciales necesarias para ocupar el cargo en lugar del universitario (Araya, 2008, pp. 55-68).

Los estudiantes también se involucraron en la nueva FOCh. Durante su II Convención, donde se renovaron sus estatutos, los asambleístas enviaron un mensaje oficial de “felicitación y adhesión a la Federación de Estudiantes” (La Vanguardia, 14 de diciembre de 1919). Aunque los universitarios no ocuparon cargos directivos en la FOCh, existen pruebas de su militancia en la organización. El mismo José Domingo Gómez Rojas se unió al Consejo Federal n°24 de la FOCh a finales de 1919, según se lee en su correspondencia personal. El 1 de octubre de ese año, recibió una carta timbrada en la que se le informaba “con especial agrado” que se concretaría su incorporación. Parece que su participación fue activa, ya que un mes después se le pidió que “dictara una conferencia sobre actualidad obrera” (Gómez Rojas, 1940, pp. 160-161). Por otro lado, sabemos que Santiago Labarca se registró en el Consejo n°14 de la FOCh, aunque no podemos precisar la fecha exacta (Mellado, 2013, p. 53).

A finales de marzo de 1920, la FECh encabezó un movimiento en defensa de las libertades públicas, en colaboración con la FOCh y la IWW. Esto, en protesta por el arresto de Juan Gandulfo, quien durante un mitin en el centro de Santiago habría insultado al presidente Sanfuentes en su discurso. Los policías presentes en el lugar se abalanzaron sobre él y lo llevaron entre forcejeos a la comisaría. Gracias a los esfuerzos del incansable abogado Carlos Vicuña Fuentes, se consiguió su liberación. Sin embargo, poco después, Gandulfo se presentó ante el tribunal y el juez decidió enviarlo a prisión. Inmediatamente, sus compañeros de la FECh formaron un comité con los secretarios generales de la IWW y la FOCh, y acordaron una huelga general. Además, redactaron un panfleto titulado “Al pueblo de Chile”, que rezaba: “¡Obreros, empleados y estudiantes, dejad vuestra labor esta tarde y venid a fortalecer la defensa de nuestras más caras libertades!”. Gracias a las presiones ejercidas, el joven fue finalmente liberado. “La detención del compañero Gandulfo es el símbolo de la unión obrero estudiantil”, decía Verba Roja (2ª quincena de marzo de 1920).

Posterior a su paso por la cárcel, Juan Gandulfo se convirtió en una figura respetada dentro del movimiento obrero. La magnitud de su influencia se hizo evidente en un incidente ocurrido en mayo de 1920, cuando Gandulfo asistió a una asamblea de la Federación de Obreros de Imprenta. Ante una audiencia numerosa, Gandulfo acusó al dirigente Evaristo Ríos de ser un espía del gobierno (Grez, 2006, p. 22). Denunció la amistad de Ríos con un jefe de policía y cuestionó las decisiones que había tomado mientras era secretario de la AOAN. A pesar de su amplia experiencia en organizaciones sindicales, Ríos fue expulsado y condenado al ostracismo. Y no fue hasta un año después que tuvo la oportunidad de defenderse, por medio de la tribuna del

periódico La Antorcha. En su refutación de los hechos, Ríos argumentó, ya en retrospectiva, que la sesión en cuestión había estado viciada desde el comienzo. Gandulfo habría asistido a la reunión acompañado de un nutrido grupo de personas, “la mayoría amigos personales y coideanos en la doctrina”. De acuerdo con su testimonio, Gandulfo tomó el control de la reunión y dirigió la votación a su favor (La Antorcha, 14 de mayo de 1921).

A mediados de julio de 1920, se desató en Chile un fervor nacionalista. Una junta de gobierno tomó el poder en Bolivia y los principales diarios chilenos denunciaron una supuesta “revolución boliviana” inducida por la presidencia de Augusto Lejía en Perú. Se rumoreaba una posible alianza entre Bolivia y Perú con miras a recuperar las provincias de Tacna y Arica, en el norte de Chile, que habían sido arrebatadas durante la Guerra del Pacífico (1879-1884). En medio de este clima, el presidente Juan Luis Sanfuentes ordenó el despliegue de tropas militares hacia la frontera, suscitando la algarabía entre la población civil. Se llevaron a cabo masivas manifestaciones patrióticas en diferentes ciudades del país en apoyo a los reservistas (El Mercurio, 21 de julio de 1920; Haramborour, 2000).

En este contexto, la FECh emplazó a Sanfuentes por su decisión. Los universitarios desconfiaban de las intenciones detrás del despliegue de tropas, y tenían motivos válidos para ello. Tan solo dos semanas antes, se habían llevado a cabo las elecciones presidenciales entre Arturo Alessandri, candidato liberal, y Luis Barros Borgoño, conservador. Los resultados mostraron una ligera ventaja para Alessandri, pero ambos se declararon ganadores. Existía una tensión creciente a la espera de una resolución institucional que demoraba en llegar. Fue en este intervalo de tiempo que ocurrió la mencionada “revolución boliviana”. Dado que muchos oficiales del ejército simpatizaban con Alessandri, el traslado de tropas hacia el norte fue visto como un intento desesperado por impedir que asumiera el poder en Santiago. Por esta razón, los dirigentes de la FECh acordaron exigir explicaciones al gobierno. Aunque ningún periódico quiso publicar su comunicado oficial en ese momento, se imprimió y distribuyó de mano en mano. En él, se afirmaba: “La agitación que está provocando artificialmente la prensa se funda más que en hechos reales, en meras presunciones”, y se llamó a “estudiantes y pueblo de Chile” a mantener una “actitud serena” (El Diario Ilustrado, 22 de julio de 1920).

Debido a su actitud desafiante, los estudiantes se convirtieron en víctimas no sólo del acoso mediático, sino también de una escalada de violencia política. El Diario Ilustrado calificó la postura de los estudiantes como “la más vergonzosa y más traidora de las renegaciones del patriotismo”, y los acusó de trabajar para el gobierno peruano (El Diario Ilustrado, 20 de julio de 1920). Las denuncias se difundieron rápidamente, con efectos dramáticos. El 19 de julio de 1920 un grupo de jóvenes de élite y militares vestidos de civil se encontraron con Santiago Labarca en la calle y lo golpearon de manera salvaje. Al día siguiente, un grupo de personas intentó atacar el Club de Estudiantes, pero los federados que hacían guardia lograron repelerlo. Esto fue solo un presagio de lo que estaba por venir.

El 21 de julio de 1920, a pleno mediodía y con la evidente complicidad de la policía, se llevó a cabo el golpe final. Ese día, una concentración de gentes se reunió frente al palacio presidencial para demostrar su apoyo al gobierno. El presidente Sanfuentes saludó desde el balcón, y el dipu-

tado conservador Enrique Zañartu, a su lado, aprovechó la ocasión para pronunciar un discurso con tintes xenófobos, en el que animó a la multitud a castigar a los antipatriotas. Acto seguido, cientos de personas se dirigieron hacia la sede de la FECh, que se encontraba a escasas cuadras de distancia, exigiendo a gritos las cabezas de Labarca y Gandulfo. Apenas llegaron al frontis del Club de Estudiantes, forzaron las puertas y escalaron los muros. Una vez dentro, destrozaron el mobiliario, robaron las obras de arte y quemaron los libros (Juventud, enero-marzo de 1921).

La violencia callejera dirigida hacia los universitarios se complementó con una persecución judicial. En lugar de sancionar a los saqueadores del Club de Estudiantes, el gobierno arremetió contra la FECh, incluso revocando su personalidad jurídica. En esa misma línea, se designó al fiscal José Astorquiza para encabezar el “proceso a los subversivos”, un ambicioso plan destinado a dismantelar las organizaciones sindicales. Todas estas acciones se justificaron bajo acusaciones de traición a la patria. Varios jóvenes de la FECh, cercanos a la FOCh y la IWW, como Pedro León Ugalde, Rigoberto Soto o Santiago Labarca, fueron encarcelados junto con numerosos activistas obreros, mientras que otros se vieron forzados a mantenerse en la clandestinidad. En el caso particular del joven poeta José Domingo Gómez Rojas, las condiciones fueron especialmente duras. Mientras estuvo en prisión, sufrió maltratos en condiciones higiénicas precarias. Terminó contrayendo una enfermedad que le afectó la cordura, lo que motivó su traslado a un centro psiquiátrico. Allí, su salud no hizo más que empeorar hasta que falleció el 29 de septiembre de 1920 (Craib, 2017).

El funeral de Gómez Rojas fue el punto culminante en las relaciones entre estudiantes y trabajadores. Tras conocerse la noticia de su muerte, los dirigentes de la FOCh convocaron a sus bases a un paro general y a una manifestación pública. El Partido Demócrata, el Partido Obrero Socialista y el Partido Radical, junto con numerosas organizaciones civiles, se sumaron al llamado (La Nación, 30 de septiembre de 1920). El 1 de octubre de 1920, alrededor de cuarenta mil personas acompañaron al cortejo fúnebre por la avenida Alameda de las Delicias. En esta ocasión, los miembros de la FECh marcharon a la cabeza del desfile, seguidos por los sindicatos y los grupos políticos, en una metáfora visual de las circunstancias. Una vez en el cementerio, se declamaron discursos sobrecogedores en memoria de quien se convertiría en el primer mártir de los universitarios. “El cadáver de este niño es el broche de oro con que se sella definitivamente la unión obrero-estudiantil en esta tierra”, dijo uno de los oradores (Albuquerque, 1997, p. 93). Las muestras de solidaridad abundaron en los periódicos populares. “Gómez Rojas fue el verbo y la encarnación de la masa proletaria”, afirmaba La Comuna de Viña del Mar (9 de octubre de 1920).

La clandestinidad y la represión debilitaron las relaciones entre universitarios y obreros, aunque no del todo. Cuando la IWW logró recomponerse de la oleada represiva, asumió como propio el legado de Gómez Rojas. Organizó en 1921 la primera conmemoración del asalto al Club de Estudiantes y la muerte del poeta. Cerca de cinco mil personas asistieron a una marcha que pasó frente a los tribunales de justicia y la cárcel pública, y terminó con una peregrinación a su tumba (El Comunista, 23 de julio de 1921). Juan Gandulfo siguió siendo un destacado militante de la IWW. Ya en calidad de médico graduado, participó en la creación de un policlínico gratuito para

los trabajadores y sus familias, al que atendió en persona durante años (Pavez, 2009; Moscoso y Fuster, 2015). “El servicio ha tenido un éxito halagador”, informaba a fines de 1922 Acción Directa, el órgano oficial de la IWW en Santiago (Acción Directa, 2ª quincena de diciembre de 1922).

La cercanía de las sedes de la FECh y la FOCh facilitó una colaboración constante. Después de la destrucción del Club de Estudiantes en la calle Ahumada, la FECh se trasladó a una casona en avenida Agustinas. En esta misma calle, junto al Teatro Municipal, funcionaba la FOCh en una antigua casa colonial. Arturo Zúñiga recordó muchos años después: “Como yo era secretario de la FECh, Luis Emilio Recabarren me pedía que le facilitara las actas de las sesiones, porque encontraba en ellas un rico debate sobre la situación del país” (Millas, 1994, p. 56). Neftalí Reyes, o Pablo Neruda, futura gloria nacional de las letras, era entonces un estudiante recién llegado a la capital, y en sus memorias también menciona a Recabarren: “al pasar, a pocas puertas de allí [del Club de Estudiantes], en el umbral de la Federación Obrera, vi muchas veces en chaleco y mangas de camisa, al hombre más importante de la clase obrera de este siglo: don Luis Emilio Recabarren” (Teitelboim, 1996, pp. 61-62).

Santiago Labarca, presidente de la FECh entre 1918 y 1919, llegó a ser diputado por la bancada de la FOCh en el parlamento. Compitió por un escaño en las elecciones de 1921, donde obtuvo la segunda mayoría de votos en la ciudad de Santiago. Aunque pertenecía al Partido Radical, recibió el respaldo de la FOCh y el Partido Obrero Socialista (POS). Esto se evidencia en una carta de Juan Bautista Soto, secretario general de la FOCh, dirigida a Manuel Hidalgo, el secretario general del POS. “Creemos que cumplirá con el programa socialista de nuestra federación, el mismo que llevan Recabarren y Víctor Cruz en el norte”, escribió Bautista. Además, solicitaba la cooperación del POS para asegurar su triunfo (Archivo Histórico Nacional, Archivo Manuel Hidalgo Plaza, sin catalogar). Los socialistas se unieron al comité de propaganda de su candidatura, y contribuyeron a su victoria. Una vez en el parlamento, Labarca se unió a la Comisión de Legislación Social, junto a Recabarren, Juan Pradenas Muñoz, Víctor Cruz y otros líderes obreros y sindicales.

Sin embargo, la voz impugnadora de Labarca terminó diluyéndose en el parlamento. Después de todo, pertenecía a un partido tradicional, que formaba parte de la coalición de gobierno del nuevo presidente Alessandri. Labarca mantenía amistad con altas autoridades políticas, lo cual desagradaba a los activistas más radicales. El periódico obrero La Antorcha se burlaba de Labarca con una caricatura titulada “Cambios del tiempo”. La silueta satirizaba el cambio de postura de líder estudiantil: se mostraba a Labarca dándose él mismo zancadillas con un látigo. La leyenda decía: “¡Abajo el Gobierno / Viva la Revolución! / Decía Ayer / ¡Viva el Gobierno / Abajo la Revolución! / Dice hoy”.

Las sinergias entre estudiantes y obreros comenzaron a disminuir en 1921. Una sensación de pesimismo se apoderó de algunos universitarios, en particular, por el rumbo que estaba tomando el movimiento de trabajadores. Fernando García Oldini, por ejemplo, criticó en duros términos la celebración del 1º de mayo de ese año, que difería mucho de los años anteriores³.

3 Fernando García Oldini, reconocido poeta y director de la revista Juventud de la FECh, fue miembro del Partido Democrático. En años posteriores, ocupó importantes cargos políticos y diplomáticos durante la segunda administración de Arturo Alessandri y en el gobierno de Pedro Aguirre Cerda.



Fuente: La Antorcha, 5 de marzo de 1921.

Escribió en la revista Claridad: “Poco a poco, por el olor, por la expresión embrutecida de los rostros, por la brutalidad asquerosa de sus palabras, fui comprendiendo que entre los celebrantes del 1° de mayo, había muchos borrachos”. En un comentario nostálgico, añadió: “Me retiré enfermo, añorando los días en que, bajo el régimen de Sanfuentes, las manifestaciones de esta especie tenían un final épico, con toques de clarines y cargas de carabineros (Claridad, 7 de mayo de 1921). En otro texto, el mismo joven volvió a despotricar contra los manifestantes. “El movimiento obrero chileno se parece mucho a una chacota de inconscientes. Cuando se reúnen en multitud, realizan plenamente el tipo del hombre manada” (Claridad, 14 de mayo de 1921).

Palabras finales

La irreverencia de los universitarios respecto de la distribución de las ubicaciones sociales fue su principal herejía. Durante el trienio de 1918-1920, parecieron desafiar y subvertir el orden simbólico de la sociedad: el presidente de la FECh, Santiago Labarca, ascendió a la vicepresi-

dencia de un comité que reunía a la mayoría de las organizaciones obreras; mientras tanto, él y otros líderes juveniles se alzaron como oradores en manifestaciones y asumieron funciones de liderazgo en las federaciones más combativas, como la IWW. Al mismo tiempo, intelectuales populares colaboraban en revistas estudiantiles como Numen; trabajadores manuales, anal-fabetos muchos de ellos, se convertían en pensadores nocturnos en la Universidad Popular Lastarria; federaciones obreras como la FOCh, realizaban huelgas en apoyo a los universitarios perseguidos. Una secuencia inédita y vertiginosa de escenas se sucedían unas a otras en medio de un clima de un aceleramiento de la experiencia del tiempo.

El desorden de las etiquetas que separaban al trabajador y al intelectual, a ignorantes e ilustrados, inquietó profundamente a la oligarquía chilena. Era la imagen decimonónica del mundo, basada en un orden natural de jerarquías y estamentos bien definidos, la que tambaleaba. De ahí la represión encarnizada que se desató contra universitarios. Aunque se suele caracterizar el saqueo del Club de Estudiantes en 1920 como un acto irracional, llevado a cabo por una turba de patrioterros, es preferible comprenderlo como la culminación lógica de una cadena ascendente de eventos. Las primeras agresiones contra estudiantes surgieron de la prensa oficial a partir de 1918, seguidas por acciones de policías y jueces desde mediados de 1919. La violencia política, tanto clandestina como formal, desatada en 1920, fue una solución final y desesperada.

Las tácticas de agresión tenían como objetivo cortar de raíz los vínculos entre obreros y estudiantes, pero sus efectos fueron contraproducentes, pues solo lograban fortalecer aún más las redes de solidaridad. En lugar de imponer autoridad, socavaban aún más la ya carcomida legitimidad de las instituciones estatales. En la cadena de agresiones, el gobierno de Sanfuentes impuso “ritos de paso” forzados a los estudiantes, que provocaron una mayor cercanía entre universitarios y trabajadores. Santiago Labarca enfrentó un juicio, mientras que Juan Gandulfo fue encarcelado. La Universidad Popular Lastarria se clausuró por la fuerza y, finalmente, el Club de Estudiantes fue devastado y la FECh, ilegalizada. Los trabajadores presenciaron cómo los estudiantes arriesgaban no solo su reputación, sino incluso su integridad física.

Las calamidades alcanzaron su punto más álgido con el caso de José Domingo Gómez Rojas. Su funeral, sin lugar a duda, representó el clímax simbólico de las sinergias, ya que equiparó a los universitarios con los obreros en los términos de la muerte y el martirio. En 1920, la élite dirigente cometió una profanación: por primera vez, la víctima política era un estudiante universitario.

Bibliografía

Fuentes primarias

- Archivo Nacional Histórico, Intendencia de Santiago
- Archivo Nacional Histórico, Archivo Manuel Hidalgo Plaza
- *Acción Directa*, Santiago, 1922.
- *Babel*, Santiago, 1940.

- *Claridad*, Santiago, 1920.
- *El Comunista*, Santiago, 1921.
- *El Diario Ilustrado*, Santiago, 1919-1920.
- *El Mercurio*, Santiago, 1920.
- *Juventud*, Santiago, 1921.
- *La Comuna*, Viña del Mar, 1919-1920.
- *La Nación*, Santiago, 1918-1920.
- *La Opinión*, Santiago, 1919.
- *La Vanguardia*, Valparaíso, 1919.
- *Numen*, Valparaíso-Santiago, 1919-1920.
- *Verba Roja*, Valparaíso-Santiago, 1919-1920.

Fuentes secundarias

- Albuquerque, G. (1997). Gómez Rojas, el cristo de los poetas. Tesis de Licenciatura en Historia. Universidad Católica.
- Araya, M. (2008). Los wobblies criollos: Fundación e ideología en la Región chilena de la Industrial Workers of the World (1919-1927). Santiago de Chile. Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia. Universidad ARCIS.
- Auth, J. et. al. (1985). Biblioteca del Movimiento Estudiantil. Tomo IV: Conceptos e historia. Santiago: Ediciones SUR.
- Barría Serón, J. (1971). El Movimiento Obrero en Chile. Síntesis histórico-social. Santiago: Ediciones de la Universidad Técnica del Estado.
- Bocaz, L. (1990). La revista Claridad: acerca de su significación en la historia cultural de Chile. En *América: Cahiers du CRICCAL* (nº 4-5), 441-460.
- Castillo, F., Tironi, A. y Valenzuela, E. (1982). La FECH de los años treinta. Santiago: Documentación Estudios Superior SUR.
- Craib, R. (2017) Santiago subversivo 1920: Anarquistas, universitarios y la muerte de José Domingo Gómez Rojas. Santiago: LOM Ediciones.
- De Diego Maestri, P., Peña Rojas, L. y Peralta Castillo, C. (2002) La Asamblea Obrera de Alimentación Nacional: un hito en la historia de Chile. Santiago: Sociedad Chilena de Sociología.
- De la Vega, D. (1962). Confesiones imperdonables. Santiago: Editorial Zig-Zag.
- Délano, L. E. (1995) Aprendiz de escritor, 1924-1934. Santiago, P & P Editorial.
- DeShazo, P. (2007). Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902-1927. Santiago: Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

- Domínguez, C. A. (2021). Cerebro y músculo. La Asamblea Obrera de Alimentación Nacional y la Federación de Estudiantes de Chile. Santiago de Chile, 1918-1921. Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Diego Portales.
- Fuster, N. y Moscoso, P. (2015). La Hoja Sanitaria: Archivo del Policlínico Obrero de la IWW: Chile, 1924-1927. Santiago: Ceibo Ediciones.
- Giner Mellado, M. (2005). La Federación de Estudiantes de Chile y su vinculación con el movimiento obrero. Chile 1918-1923. Informe de seminario para optar al grado de Licenciado en Historia. Universidad de Chile.
- Godoy, E. (2020). Llamadas de rebelión. Breve historia del anarquismo en Chile (1890-200). Santiago: Editorial Eleuterio.
- Gómez Rojas, J. D. (1940). Rebeldías Líricas. Santiago: Ediciones Ercilla.
- Góngora, M. (1981) Ensayo sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX. Santiago: Editores La Ciudad.
- González, E. (1945) Juventud veinteañera (de una novela inédita), En Babel. Revista de Arte y Crítica (n°28).
- Grez Toso, S. (2001). El escarpado camino hacia la legislación social: debates, contradicciones y encrucijadas en el movimiento obrero y popular (Chile: 1901-1924). En Cuadernos de Historia (n°21), 119-182.
- Grez Toso, S. (2002). ¿Autonomía o escudo protector? El movimiento obrero y popular y los mecanismos de conciliación y arbitraje (Chile, 1900-1924). En Historia (n°35), 91-150.
- Grez Toso, S. (2006). El Partido Democrático de Chile. Auge y ocaso de una organización política popular (1887-1927). Santiago: LOM Ediciones.
- Hall, S. (2010). Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales. Colombia: Enviñón Editores.
- Harambour, A. (2000). La 'Guerra de Don Ladislao': una mirada desde el Movimiento Obrero en el Territorio de Magallanes. En Revista de Humanidades (n°7), 127-141.
- Jobet, J. C. (1955 [1951]). Ensayo crítico del Desarrollo económico-social de Chile. Santiago: Editorial Universitaria.
- Laclau, E. (2005) La razón populista. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (1987) Estrategia y hegemonía socialista. Hacia una radicalización de la democracia. Madrid: Siglo XXI.
- Lagos, M. (2018). Juan Onofre Chamorro Azócar, 1885-1951. El agitador de Valparaíso. Concepción: Talleres Sartaña.
- Lagos, M. y Ayala, I. (compiladores) (2020). A 100 años del '20: Subversión y represión en la región chilena, Un homenaje al centenario luctuoso de José Domingo Gómez Rojas. Santiago-Traiguén: Comité Editorial a 100 años del '20.
- Mellado, V. (2013) Del Consejo Federal al Sindicato Legal: La Federación Obrera de Chile (FOCh) y el inicio de la transición a un sistema moderno de relaciones laborales (1919-1927). Informe de Seminario de Grado, Universidad de Chile.

- Millas, H. (1994). Hábrase visto. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Moraga, F. (2007) Muchachos casi silvestres. La Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno, 1906-1936. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.
- Ortiz Letelier, F. (1985) El movimiento obrero en Chile (1891-1918). Antecedentes. Madrid: Eds. Michay.
- Pavez, F. (2009). Experiencias autogestionarias en salud: El legado de Gandulfo en La Hoja Sanitaria y el Policlínico de la organización sindical Industrial Workers of the World (1923-1942). En Revista Médica de Chile (n°37), 426-432.
- Pinto, J. y Valdivia, V. (2001) ¿Revolución proletaria o ‘querida chusma’? Socialismo y alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932). Santiago: LOM Ediciones.
- Pinto, J. (2007) Desgarros y utopías en la pampa salitrera: la consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social (1890-1923). Santiago: LOM Ediciones.
- Pinto, J. (1998) Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera: el ciclo del salitre y la reconfiguración de las identidades populares (1850-1900). Santiago: Universidad de Santiago, 1998
- Ramírez Necochea, H. (1984) Origen y formación del Partido Comunista de Chile. Moscú: Editorial Progreso.
- Rodríguez, I. (2001). Protesta y Soberanía Popular: Las Marchas del Hambre en Santiago de Chile 1918—1919. Tesis de Licenciatura en Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Rojas, M. (1971) La oscura vida radiante. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Sagredo Baeza, R. (recopilador) (1998). Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. Del “Cielito Lindo” a la Patria Joven. Santiago: DIBAM.
- Salazar, G. (2009). Del poder constituyente de asalariados e intelectuales (Chile, siglos XIX y XXI). Santiago: LOM Ediciones.
- Teitelboim, V. (1996). Neruda. México: Hermes.
- Valdivia, V. (2017). Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del siglo XX. Santiago: LOM Ediciones.
- Valenzuela, E. y Weinstein, J. (1982). La FECH en los años veinte. Un movimiento estudiantil con historia. Santiago: SUR Documentación.
- Vicuña Fuentes, C. (1987). La tiranía en Chile. Libro escrito en el destierro en 1928. Santiago: Aconcagua.
- Vitale, L. (2011). Interpretación marxista de la historia de Chile. Volumen III (tomos V y VI). Santiago: LOM Ediciones.